
Historias y anécdotas del tío Patacas

José María de Jaime Lorén*

La cruz del Cañarejo

Mucho antes de la moderna remodelación realizada en esta calle secundaria de Calamocha. Antes todavía de que una tras otra se levantaran las paredes de ladrillo y de abobes que limitaban los corrales y las fincas. Cuando aún discurría a todo lo largo del camino una acequia descubierta, entre tapiales y campos, por las cañiguerras y cañares que daban nombre a este callejón. En uno de los recodos se ocultaba, adosada a los aljezones de una pared, una sencilla cruz de palo que desde niño había llamado la atención de mi padre.

Lo siniestro del lugar, el escaso personal que habitualmente se aventuraba por aquellos andurriales, y la propia tosquedad de las maderas que se entrecruzaban, hacían que la fértil imaginación de sus pocos años le buscara un origen de los más misterioso y oscuro. Y, por una vez, algo de aquellas suposiciones iba a verse confirmado.

Me lo contó una de esas tardes de verano en que, un poco a regañadientes, acompañaba a mi padre a dar una vuelta a la viña de Las Lomas. Tal vez con objeto de mantener un rato callado, empezó a contarme cual era el origen de lo que llamaba “la Cruz del Cañarejo”.

Con el sano objeto de distraer mi atención el mayor tiempo posible, al iniciar el relato dio un pequeño rodeo y empezó a contarme en que consistía el Juego de las Chapas de Calamocha, juego en el que podían cruzarse apuestas considerables. Resultaba una forma de ocupar las tardes de los domingos y otros días de fiesta, eso sí, cuando el frío lo permitía pues se jugaba a la intemperie.

*Universidad CEU-Cardenal Herrera (Moncada, Valencia)

Dada la escasa ejemplaridad del juego, se buscaba para practicarlo la discreción de las calles secundarias, de hecho, mi padre recordaba como las portaladas de nuestro corral que daban a la Balsa, aparecían esos días relucientes de tanto que se sobaban con las dichosas chapas. Así, cualquier puesto al abrigo del cierzo en la Balsa o en el Cañarejo, servía para reunir una variada representación de gente de trueno, un poco lo que podríamos llamar el lumpen calamochino.

Para jugar, cada apostante cogía su perra gorda cara abajo, y la lanzaba al aire a la vez que el contrincante. Si salía cara en una y cruz en la otra, se quedaban en la paz; si en las dos monedas salía cara, se las quedaba quien había apostado por cara; y si por el contrario las dos eran cruz, ganaba el otro.

De esta forma se organizaban en las tardes de fiesta grandes timbas... que podían acabar en trifulcas y zaragatas. Y es que había una pequeña trampa que consistía en “revolar la perra”, que era, ni más ni menos, que poner cara arriba la perra en el momento justo de lanzarla, hecho que en principio no debía influir en el resultado, pero que con el acaloramiento del azar, de las ganancias y de las pérdidas, daba lugar a violentas disputas que a veces acababan en sangre.

Y así sucedió aquella tarde en el Cañarejo. Pero, en eso, con toda esta larga puesta en escena, habíamos llegado ya a la viña y el papá, entre mis quejas, aplazaba el resto de la historia hasta el regreso cuando hubiese acabado las tareas que allí lo habían llevado. De nada servían las protestas por dejarme con toda la idea con el dulzor del cuento en la boca, pues bien sabía que era la mejor forma de tenerme allí quieto mientras echaba un vistazo a las cepas. Claro que, para mi escasa paciencia, era mucho pedir el permanecer aburrido rato y rato. Por eso, a cada ida y venida a lo largo de los campales, le preguntaba con estudiada insistencia: –“Papá, ¿falta mucho para irnos a casa?”.

Una y otra vez con la misma cantinela acababa con su paciencia. Al final conseguía que terminara apresuradamente sus quehaceres y volvíamos a casa reanudando la narración de la historia. Claro, que al principio se hacía un poco el olvidadizo, y me obligaba a recordarle con detalle todo lo que me había contado al venir, hasta el punto mismo donde nos habíamos quedado.–“¡Ah sí, lo del Tío Patacas!”. Comentaba por lo bajo sonriendo.

Bueno pues, resulta que un domingo por la tarde estaba el Tío Patacas jugando en el Cañarejo con sus amigotes. El Tío Mariano, que tal era su nombre, era algo menudo de carnes, sí, pero de genio corto y con bastantes agallas. Y en uno de tantos lances del juego, se armó el gran follón con la apuesta de la perra gorda de las chapas. Que si las ha revolado, que si no la has revolado. Que si tenías que haber

cantado a tiempo lo de: “No vale, revolada”, cosa que se hacía antes de que cayeran las chapas para anular la jugada. Que si lo has dicho tarde aporta cuando has visto la moneda en el suelo.

El caso es que dos jugadores se vinieron a las manos contra el Tío Patacas. En medio de las voces y de los empujones, sacaron sendos cuchillos y se fueron derechos a por él. El Tío Mariano, que iba desarmado, les fue haciendo frente como pudo, hasta que otro del corro le lanzó por el suelo un cuchillo que tomó enseguida con agilidad.

No sabemos bien como pasaron las cosas, pues los que estuvieron presentes no hicieron muchos comentarios luego. Sólo se sabe que el Patacas era un hombre valiente, bien bragao, y que pese a recibir varias cuchilladas de sus adversarios, las que él les asestó acabaron con sus vidas.

Al cuartel de la Guardia Civil, a los juzgados, calabozos, enfermerías, juicios oral y, finalmente, el paso por distintos penales como los de Ocaña y Santoña. Mientras tanto, su esposa María debió de hacer frente a la situación y a las necesidades de su numerosa prole. Así, entre las diversas ocupaciones que desempeñó, iba a repartir diariamente por las casas la leche de una vaca que cuidaba, una de estas casas era la nuestra. Allí aprovechaba que en el patio teníamos uno de los pocos pozos del barrio para bautizar generosamente la leche. Cuando algún malicioso le preguntaba: –“¿Señá María, cuánta agua le ha echado hoy a la leche? Ella contestaba sin inmutarse: –“¡Huy maño, lo importante es vender el agua, que la leche vendida está...!

Me contaba también mi padre que, entre risas y chistes de sal gruesa, la buena señora María quería explicarle cuando era un crío, de donde y cómo venían los hijos. Mientras lo hacía, recordaba, la buena mujer derrochaba ingenio y gracia, con algunos toques de la mejor gramática parda rural.

Acabada la condena que se le impuso por las muertes, que no debió de ser muy larga pues al cabo actuaba en legítima defensa, volvió a Calamocha. Algunos, por lo bajo, le echaban en cara al Tío Patacas que los cuchillos de sus víctimas eran tan malos que se doblaban fácilmente.

El sol se ocultaba ya por el cerro de Santa Bárbara cuando llegamos a casa. Durante todo el camino no dije ni palabra. Todo era dar vueltas al drama que escondía la sencilla cruz del Cañarejo. –“Cada día, mis tres litricos ...!”.

Entre los recuerdos felices que guardo de mi infancia calamochina, los inviernos, y sobre todo los días de Navidad ocupan un sitio especial. No tanto por las festividad-

des en sí, como por el ambiente que rodeaba a aquellas tardes lentas y felices al amor de la lumbre en el bando, o bien entre la espesa agitación de los días de matacía y de mondongos.

Acaso de los mejores momentos, aparte las copiosas nevadas con que nos obsequiaba una climatología mas considerada con la gente menuda, era cuando los diferentes medieros o renteros de casa venían a últimos de año al rito anual de pasar cuentas. Bien afeitados y arreglados se llegaba Antonio el Blanquillo, el buen Calixto Pamplona, Agustín *el Chato de la Romera*, Martín *el Cigarro* y algunos más que no recuerdo. Después de espaciados saludos y de pasar revista a todos los de casa contando las novedades ocurridas durante el año, mi abuela, “la Señora Paca”, se colocaba los lentes y echaba las cuentas correspondientes. Antes de marchar, después de tomar alguna copica de anís con magdalenas, se despedían con afecto y cariño hasta que pasara un nuevo año.

Y una tarde de esas que andábamos por allí dando murga y sin saber que hacer, la yaya Paca se puso a contarme algunas cosas curiosas de los renteros que habíamos tenido. Así tuve también conocimiento del Tío Patacas. Ya hemos dicho que su nombre de pila era Mariano, aunque el mote seguramente poco debía tener que ver con esta sabrosa solanácea. El buen hombre tenía sus manías y, por ejemplo, se mostraba muy escrupuloso a la hora de exigir para su personal el respeto a los demás. Y acaso no era la menor de ellas el convencimiento firme que el importe de los arriendos debía de permanecer siempre inamovible. Ni que subiera la vida, ni que bajara. Como decía: –“El rento, es el rento, y no tiene porque cambiar nunca”.

De genio corto, no solía atender a muchas razones. Menos mal que su buena mujer, más sensata, no tenía inconveniente en pagar por debajo mano los pequeños incrementos que de vez en cuando se hacían de común acuerdo. Ahora, eso sí, que no se enterara en absoluto el Tío Patacas. Por eso en el recibo se ponía siempre la cifra original.

En los tiempos de la guerra civil le teníamos arrendada una pieza en el Codujón y, como todos los años, se llegó un buen día a pagar su importe. Por aquel entonces estaba alojado en casa un teniente joven de la compañía de Antigases, con toda su sección distribuida por los graneros y cuadras de casa. Se admiraba el militar de la formidable robustez de los jóvenes calamochinos de entonces, pero no dejaba de observar que cuando se acercaban a los cuarenta años, desaparecía esta fortaleza dejando prematuros reumáticos y a asmáticos.

En estas estaban cuando se llegó a la conversación el señor Mariano, que dejaba hablar al militar mientras escuchaba con atención. Éste, sostenía la idea de que el vino y otras bebidas alcohólicas eran los culpables de este derrumbe físico de la

juventud local, e insistía en la necesidad de limitar y de moderar estos vicios tan arraigados en la sociedad.

El Tío Patacas asentía en silencio a estos razonamientos del teniente, y ya, cuando éste terminaba su perorata antialcohólica, salió de su mutismo sentenciando con seguridad: –“Tiene razón, señor Teniente, no hay como la medida p'a todo. Yo, ya ve *usté*, la tengo, cada día mis tres litricos”.

De vino, naturalmente. En general, el tiempo transcurría con calma esas tardes de tertulia en casa junto al fuego. Y ya, bien cerrada la noche, cuando parecía que se iba a marchar a casa el buen hombre sin más, pronunciaba campanudo las frases de rigor: –“*Seña Paca*, el rento...”. –“Ojála te cuertaras...!”.

Gran aficionado a las caceras, por sus antecedentes penales nunca pudo adquirir la correspondiente licencia para practicarla ni para tener armas. Ahora, se equivoca quien piense que no satisfacía siempre que podía su pasión cinegética. Con justicia era tenido por todos, guardas incluidos, como el más consumado cazador furtivo de la contornada. Nadie como él conocía los cados, comederos, puestos de observación, nidos y cazaderos de todo el monte calamochino. Suya es aquella frase famosa que, por su contenido, merecer figurar en la cabecera de todos los libros del arte venatorio: –“Maño, *p'al monte*... idea!” Ni más ni menos.

Hombre maniático y con recovecos, compró una pieza en el Codujón y nos arrendó el pajar y la era del Ingenio que hay junto al camino, arriendo que a su vez llevaba a medias con otro, si bien la pajera sólo le servía para guardar escondida la escopeta y la munición, y desde allí salía al monte a azar. Aunque también la aprovechaba como observatorio para vigilar los tomates, pepinos o lechugas que cultivaba en el hortal de enfrente. Al efecto, había practicado un agujero camuflado en la pared, desde donde vigilaba y, si alguno se descolgaba con idea de echar mano a sus hortalizas, sin más aviso le enviaba una andanada de perdigones menudos que lo hacían huir despavorido. Ahora que, en cierta ocasión, un escarmentado que se debió llevar alguna perdigonada en el culo, le acertó a meter a su vez un tiro por el agujero desde donde disparaba que le llenó el brazo y la mano de perdigones. No debió de conceder al lance mucha importancia el buen Mariano, pues todavía muchos años después le asomaban los negros plomos por su encallecida mano.

Sin embargo, el más impenitente enemigo que tuvo siempre como cazador nuestro Tío Patacas, no fueron ni los guardas del monte, ni los guardias civiles, ni siquiera los dueños de los cotos de la contornada que acostumbrada a depredar con singular arte. El más temible adversario para su actividad cinegética lo tenía, precisamente, en su mujer, en la señora María.

Temerosa de que un mal día fuera descubierto con la escopeta y volvieran a repetirse los días de cárcel y de hambre, cuando oía de su marido que al día siguiente pensaba salir al monte, torcía el morro y se enfurruñaba.

El Tío Mariano, de mal genio, le mandaba preparar el almuerzo y, como la María no mostrara la menor intención de hacerlo, sin pensárselo poco ni mucho, sacaba de la faja la navaja y subía derecho al granero donde colgaba oreándose el pernil que se reservaba para la época de la siega. —“¡Ris-rás!, ¡ris-rás...!” De mal talante le sacudía al jamón cuatro o cinco tajadas buenas que lo dejaban temblando.

La buena mujer sentía como si las cuchilladas se las dieran en sus entrañas. Bien sabía ella que los críos tenían que crecer, y que esa carne era imprescindible. Dolidada y triste, se contentaba con exclamar llena de rabia: —“¡Ojála te cuertaras...!”.

Cartucho de perdigón zorrero

Mal geniado y un punto violento, había jurado vengarse de cierto sujeto con el que en alguna ocasión se las había tenido tiesas: —“¡A ese le meto yo un cartucho de perdigón zorrero! Bien emboscado en el pajar del Ingenio junto al camino del Ajutar, allá a lo lejos divisó a su víctima que venía del monte con su burrica cargada de leña y de aliagas. Dentro, la escopeta bien amartillada y la cabeza fría del vengativo cazador. Fuera, la tibia tristeza de las cortas tardes del invierno.

Con paso cansino, *chino-chano*, se acercaba todo confiada la víctima, cuando, en medio del silencio, sale de sopetón el Tío Patacas dando una patada a las portaldas del pajar y plantándose con la escopeta en mitad del camino. Una detonación rasga la tarde. De nuevo silencio. La víctima, instintivamente ha podido esconderse un poco tras los fajos de leña y la propia bestia, que recibe el grueso de los perdigones y rueda por el suelo con estrépito. Unos instantes después, se escuchan los pasos rápidos del herido que huye a toda marcha y se esconde entre las sombras de los primeros corrales del Rabal.

Hombre singular este Mariano el Patacas. A pesar de su talle menguado y de sus delgadez extrema, presumía también de su palmito como tenorio. Gustaba recordar sus años mozos en que salía en cuadrilla a segar por la parte de Castilla, al objeto de ganarse unos duros que le permitieran adquirir la preceptiva capa que necesitaba para casarse, como cualquier otro que se preciase en el pueblo. Y como cuacaba el ojo, todo picardía, alardeando de sus conquistas cuando estaba por la parte de Anquela como agostero de cierta viuda, que —“¡Maño, estaba cojonuda...!”.